

Homoerotismo y literatura. Entrevista con Cristina Peri Rossi*

Reina Roffé

La publicación de *Los museos abandonados* (1974) en España, significó para Cristina Peri Rossi (Uruguay, 1941) un acto de reafirmación en la tierra de su exilio, que para esta escritora comienza en 1972, pocos meses antes de que se produjera el golpe militar en su país de origen.

Sin embargo, es en la década del sesenta cuando había dado a conocer sus primeros libros. Desde entonces hasta ahora su producción ha sido incesante. Sus poemas, cuentos y novelas llaman la atención de críticos y lectores por la variedad de técnicas que presentan y el contenido erótico y transgresor desplegado en muchos de ellos.

Tanto en su libro de cuentos *Los museos abandonados* como en *Desastres íntimos* (por los que circulan fetichistas, sadomasoquistas, travestidos, lesbianas, etc.), los ritos del cuerpo, las fantasías amorosas, la oscuridad del deseo, la ambigüedad y la pasión son temas emergentes desde una perspectiva que rompe con sus tópicos y se adentra en derroteros poco transitados, produciendo en el lector una intensa perturbación.

Esa perturbación la suscita el registro que alcanza el tratamiento de la diversidad en la obra de Peri Rossi. En *La nave de los locos*, su novela más alegórica, no sólo nos habla sobre el destino de una generación (la del sesenta y setenta), sino también, y muy especialmente, sobre la diferencia. Los hombres son extranjeros de las mujeres, los niños de los adultos, los jóvenes de los viejos, pero en todos ellos hay una necesidad de complementarse, lo que les permite establecer relaciones sentimentales o sexuales, negociar las diferencias, entender las opciones, aceptar *lo otro*.

Al mismo tiempo, sus personajes femeninos se caracterizan por ser sujetos de deseo o, al decir de Peri Rossi, «se sitúan, frente a Eros, del lado que tradicionalmente se adjudicaba al varón». Como Aída, de *So-*

* Entrevista realizada en Barcelona, agosto 2004.

litario de amor, y la joven modelo de su última novela publicada, *El amor es una droga dura*, viven sus impulsos eróticos con entera libertad, rehuyen relaciones estables y ataduras. Crean su propio territorio de deseo y lo fertilizan, sin culpas ni falsa moral, con el regocijo del sexo y la exaltación del goce.

—*La literatura erótica, hasta entrados los años sesenta del siglo XX, ha sido de producción escasa en América Latina, y los textos escritos por mujeres muy excepcionales. ¿A qué se debe esto para ti?*

—Es que en la literatura latinoamericana los cuerpos, en su carnal *fisicidad*, casi no existían. La carne solía ser una metáfora; era la influencia religiosa, la represión. La prohibición del cuerpo aparece con el judaísmo. En las religiones primitivas el sexo y la religión iban juntos. Todo lo religioso era, al mismo tiempo, sexual; existía esa armonía. Las divinidades eran representadas desnudas y con el sexo al descubierto, hipertrofiado, como esos enormes priapos de las culturas africanas y andinas, o esos sexos femeninos desplegados. Los votos eran sexuales, también. Acabo de ver una deliciosa exposición, *Eros primitivo*, donde las esculturas y las representaciones plásticas de las civilizaciones más antiguas de Oceanía, Africa y América coincidían en esta concepción de lo religioso y de lo sexual. Después vino el judaísmo y esto se rompe, se separa lo religioso de lo sexual.

—*En tu obra, en cambio, hay una presencia notoria del cuerpo, especialmente del cuerpo femenino. Pienso, por ejemplo, en tu libro de cuentos Desastres íntimos y en tu poemario Estrategias del deseo, donde aparecen mujeres que se erotizan, hacen el amor, se vuelven fetichistas.*

—Yo tiendo a recuperar la instancia religiosa de hacer el amor desde mi primer libro de poemas, *Evohé*, donde escribir, amar y orar son actividades que se mezclan y se juntan. Amar se convierte en un oficio, en el sentido de oficiar un rito, igual que escribir. Hay algo de religioso en las tres actividades. Muchos de mis poemas son eróticos, algo ausente en la poesía en castellano. En mi libro *Babel bárbara* escribí un poema al parto, como metáfora de la escritura, pero me parece muy significativo que sea uno de los pocos poemas sobre el parto de la literatura española, aunque posiblemente tampoco lo hay en otras lenguas, tal ha sido la ausencia de las incidencias del cuerpo femenino. En *Es-*

trategias del deseo hay varias referencias a la sangre menstrual. ¿Cómo es posible que todo esto no haya estado en la literatura o haya aparecido muy ocasionalmente? Porque la poesía la escribían hombres, y para ellos, el cuerpo femenino era una idealización: lo soñado o lo temido.

—¿Hay más erotismo en tu poesía que en tus relatos?

—Es posible, porque mis relatos suelen tener una dimensión psicológica, de conflictos o de análisis del mundo interior; en cambio, la poesía expresa emociones y sensaciones. Pero esta distinción es arbitraria, porque siempre es un yo el que siente, goza o sufre. Lo más característico de mi poesía erótica es la *fisicidad*, pero no hay ningún yo que no se asiente en un cuerpo. El cuerpo es la dimensión del yo, no podemos separarlos. Aún así, mi novela *Solitario de amor* es el texto más erótico que he escrito, siendo, al mismo tiempo, un análisis implacable de la alineación y del delirio amoroso. Creo que tuvo bastante influencia en la poesía y en la narrativa que se escribió en castellano en los últimos diez años.

—En el poema «Infierno, paraíso», de *Estrategias del deseo*, dices: «No hay amor sin crueldad». ¿La crueldad estaría dada por la separación de los cuerpos?

—Sí, a eso me refiero. *Estrategias del deseo* expresa el anhelo de fusión de los cuerpos; es decir, de dos yo que en el momento de éxtasis orgásmico alcanzan la metafísica, la trascendencia. Cuando se llega a esa fusión, cualquier mínimo acto individual es un símbolo de la temida separación, del regreso a la soledad del yo. La crueldad es ese regreso de dos que eran uno a dos que son dos: se siente como una herida. El primer síntoma de crueldad es cuando el otro consigue dormirse solo. La perfección amorosa se da cuando las dos personas se duermen al mismo tiempo, mirándose, y si alguna se mueve, la otra también lo hace, y cuando se abren los ojos, es al mismo tiempo. La separación, el desgarramiento empieza con el primer acto autónomo. Ya en *El Poema del Cid* se dice: «se separaron como la uña de la carne». En la fusión erótica hay una vía de acceso a la eternidad que trasciende el sexo por completo. En todo caso, como digo en uno de mis poemas, es un camino de ascesis.

—Ese poema, precisamente, se titula «De aquí a la eternidad», y dice: «Descubrir de pronto que Dios/ era una diosa/ última asce-

sis, / de aquí a la eternidad». ¿Es sólo en el amor-pasión donde es posible la metamorfosis, que una persona se convierta para otra en divinidad?

—Sí, porque en el amor que no es pasión esa fantasía, ese deseo no existe. No se tiende a la fusión, se respetan los límites del yo, se goza con la individualidad, no hay ganas de fusionarse con el otro, o son esporádicas. Los psicoanalistas lo consideran sano, porque sabemos que ellos tienen terror a la desestructuración del yo, no quieren hacerse cargo de un cliente que corra riesgos, son conservadores. Prefieren a un deprimido antes que a alguien que corre riesgos, pero sin riesgos no habríamos salido de las cavernas. En el amor pasional la fantasía es: me pierdo en el otro, lo devoro, me integro y me identifico.

—Hace unos años, hablando sobre la oscuridad y ambigüedad del deseo, me comentabas que no está bien visto devorar al otro, querer poseerlo hasta la muerte, conducirlo a la locura o a la esclavitud, pero que esos eran sentimientos dominantes en una relación pasional, porque el amor no está lleno sólo de buenos deseos.

—Así es, pero para no escandalizar a nadie, veamos el ejemplo de la maternidad. ¿Qué es una mujer embarazada? Una mujer que tiene a alguien adentro, ya se lo devoró. Yo siempre me acuerdo de una anécdota maravillosa de la psicoanalista Joyce MacDougall, que relata las fantasías que se hacen los niños acerca de las madres embarazadas. Cuenta que le dijo a su hijo de cinco años que pronto iba a nacer su hermanito, que ella lo tenía en la panza; espontáneamente, el niño le preguntó: ¿cuándo te lo tragaste? El niño, a su vez, le cuenta a un amigo: mi mamá tiene adentro a mi hermanito, y el otro le contesta: «¿Por qué no abre la boca para que lo mires?» En el imaginario y en la literatura más antigua, por ejemplo en la *Ilíada*, se dice devorar tanto al enemigo como al amante para incorporarlos. Ese es el sueño que alienta la relación pasional. Y a mí, como experiencia, me fascina. Muchas mujeres viven la maternidad como única relación de fusión de su vida, y expresan que allí está la plenitud. En la fusión no hay castración, es la fantasía o la realidad de fundirse con el ser amado. En las relaciones que no son pasionales hay una asunción de la castración; soy incompleta, el otro o la otra también lo es. Somos dos entidades que se ponen en juego, pero donde no hay ninguna fantasía de que juntos, pegados, se trascienda los límites del yo.